

refrán y la propia obra cervantina, se vuelve una referencia obligada para investigadores de distintas disciplinas.

MARÍA STOOPEN

Universidad Nacional Autónoma de México

PABLO AÍNA MAUREL, *Teorías sobre el cuento folclórico. Historia e interpretación*. Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza, 2012; 318 pp.

Hay obras cuya función pedagógica permite superponer la claridad a la profundidad, y parecen estar destinadas al lector desprevenido que quizá busque orientación primera en las páginas de un manual bien escrito. De manera sucinta y fiel a las promesas introductorias, Pablo Aína da cuenta de una visión abarcadora del conjunto de teorías del cuento folclórico, sin perder de vista el momento en que se produjeron, sus antecedentes y su difusión. Los alcances se alargan aun más cuando el autor intenta prever cuál será la influencia que ejercerán en tiempos futuros los conceptos analizados. Se extraña la falta de una definición general del objeto de estudio. Podría pensarse que la justificación descansa en la longitud del período abarcado; sin embargo, no estaría de más una definición que ubicara al lector en un concepto compartido de lo que se está hablando.

Tres certezas se encuentran en la interpretación de las teorías sintetizadas: necesidad de una visión global del fenómeno, invalidez de las aproximaciones ahistóricas e imposibilidad de esquemas mecanicistas. Estas conclusiones son dignas de celebrarse, porque nacen de una lectura inteligente de los esfuerzos teóricos en torno a la materia y porque son afirmaciones que implican juicios certeros sobre los fundamentos mínimos que debe cumplir la crítica literaria seria.

La proeza sintética de Aína hace nueve paradas teóricas organizadas con escrupulosidad. Cada capítulo se divide en apartados detallados que suponen un lector con intereses específicos de búsqueda, lo cual facilita la consulta rápida guiada por la prisa que implica toda investigación. Debido a la naturaleza de este orden, el autor se ha visto obligado a no siempre consultar las obras de manera directa, sino a recurrir a estudios históricos anteriores. Se reconocen también aquellos preámbulos teóricos sobre el asunto que preceden estudios minuciosos sobre el cuento folclórico.

El procedimiento de exposición es el mismo en cada apartado. Una introducción delinea las inquietudes generales de las que nace la teoría por resumir y, a partir de la puesta en escena, se construye meticulosamente el diálogo entre varios expositores de la corriente estudiada. La escenografía y los personajes facilitan la comprensión del

acercamiento teórico del capítulo. La aproximación a los estudios del cuento, mediante el seguimiento de las polémicas que los suscitaron, cumple una función didáctica. Es más fácil dotar de sentido el devenir teórico de la literatura si se conocen las circunstancias y personalidades que provocaron su aparición. La construcción dialógica de la historia permite entrever no sólo la interpretación que se busca imprimir a determinado aparato crítico, sino también disentir de ella o apoyarla.

La caminata de Aína comienza en “El Romanticismo y los Grimm”, debido a que “respecto al inicio de los estudios científicos del cuento, existe unanimidad al situar en los primeros años del siglo XIX y, en concreto, en las figuras de Jacob y Wilhelm Grimm, el punto de referencia desde el que comienza el acercamiento al género” (p. 13). El movimiento romántico, el nacionalismo y el comparatismo son tres de los pilares sobre los que se funda el estudio genérico del cuento folclórico. A ello se suman el interés por la autoría de los cuentos populares y por la literatura infantil. El gusto estético por el cuento que caracterizó el trabajo de los Grimm debería reconsiderarse, señala Aína, porque se trata quizá de la mayor aportación que hicieron los hermanos a la teoría de la cuentística popular.

En el mapa trazado por el autor, la mitología comparada, en la que se trabaja con textos religiosos antiguos, es el siguiente punto. Las contribuciones trascendentes de ésta fueron las traducciones que se hicieron y la idea de que el hombre primitivo era inferior al racional. De aquí nos movemos al estudio de los cuentos según su origen. Ante la necesidad de responder a preguntas por el nacimiento de los cuentos populares, surgen problemas metodológicos. Para acercarse a un texto oral, no puede seguirse el método de estudio de los textos escritos: “No es una mera cuestión de transmisión del hecho literario, sino que en la concepción del cuento, como en la de todos los géneros populares, ésta interviene de un modo fundamental” (p. 70). Esta conclusión surge tras una peregrinación entre hipótesis que localizaban el origen del cuento en la India, Babilonia o Egipto, “pero la oralidad de los cuentos condena a la provisionalidad [de las hipótesis]” (p. 71).

La antropología incide en la teoría sobre los cuentos al recuperar las discusiones de la mitología comparada y de los buscadores del origen de los cuentos. Esta corriente reclama la importancia de los géneros (no es lo mismo trabajar fábulas que mitos, leyendas o cuentos), la poligénesis –“las mismas ideas, comportamientos y costumbres, no importa en qué punto del planeta, se pueden observar en un momento determinado de la evolución de todos los pueblos. De ellas surgen los contenidos de los cuentos” (p. 114)–, y la discusión sobre los estados inferiores del hombre. Mircea Eliade defiende el pensamiento simbólico como algo consustancial al ser humano, predecesor del lenguaje y de la razón discursiva, medio de conocimiento que revela aspectos de la realidad negados a cualquier otro. Los añadidos más

valiosos de la antropología para estudios posteriores son la relación entre los mitos, la magia y el rito como medios para mantener el orden natural y social, y la oposición entre pensamiento moderno y salvaje. El lenguaje simbólico interpreta el mundo; por lo tanto, las imágenes que de él surgen pueden presentarse en épocas históricas diversas.

Como telón de fondo al mayor viraje en los estudios del género, la escuela histórico-geográfica señala la urgencia de una organización sistemática del cuerpo de estudio, que cada vez complicaba más. Los cinco intereses primordiales de esta escuela fueron: el origen de los cuentos, su diseminación, sus variaciones, la relación entre las distintas formas del cuento y el significado de cada uno. Los índices de Antti Aarne, ampliados por Stith Thompson, serán uno de los primeros sistemas de catalogación: “como si de un cuento se tratara, el *Índice* de 1928 es el resultado más que de un único genio investigador, de la unificación de distintas aportaciones que se habían venido realizando” (p. 143). Finalmente, el índice de Hans-Jörg Uther verifica y completa el trabajo anterior, reafirma el carácter práctico del catálogo y restablece la clasificación para distinguir entre los diversos tipos de cuentos populares.

El parteaguas en los estudios sobre el tema son las aportaciones de Vladimir Propp. En dos capítulos se explora la labor crítica del erudito ruso. Aína dedica el apartado más extenso de su libro a hacer una revisión minuciosa de las teorías de la *Morfología del cuento* (1928), texto que se conoce fuera de Rusia treinta años después de su primera publicación. El acercamiento de Aína bien podría funcionar como prólogo a una edición de la *Morfología*. El autor emplea varias páginas en describir las circunstancias teóricas que precedieron a la publicación; además, ofrece una lista resumida de las treinta y una funciones de Propp y explica cada uno de los símbolos propuestos para el análisis del cuento folclórico. Con ello, Aína pretende “aclarar la multitud de errores tipográficos que padece [la obra del ruso] en las ediciones españolas consultadas que, en más de una ocasión, pueden desorientar al lector inocente” (p. 177, n. 58). En los apartados dedicados al tema, asistimos a la polémica entre Lévi-Strauss y Propp, suscitada por un par de comentarios que el belga hace al trabajo del ruso “sobre la relación mito-cuento y sobre el desprecio por el contenido de los cuentos” (p. 185).

La aportación más grande de Propp al estudio del género es, según Aína, la introducción del concepto de tiempo en el estudio de los cuentos, la “adecuación del método de estudio a su objetivo” (p. 227). Por su carácter oral, su rápida diseminación y sus constantes variaciones, el cuento popular no puede analizarse con las mismas herramientas que se utilizan en la crítica literaria. Vladimir Propp ordenó y clasificó el vasto corpus que estudiosos anteriores a él habían

conformado e inventó un método de acercamiento que rechazaba el ahistoricismo de la crítica predominante.

Los últimos capítulos del libro versan sobre la influencia del psicoanálisis y la teoría de los actos comunicativos en los estudios del cuento folclórico. La figura más destacada del primer grupo es Carl Gustav Jung porque, a partir de datos experimentales, “logra mostrar la semejanza entre los elementos más importantes y profundos del sueño y la fantasía de sus pacientes neuróticos y los elementos de la mitología de diversos pueblos” (p. 258). Sin embargo, las interpretaciones simbolistas caen en excesos tales como afirmar que los cuentos y los sueños siguen procesos de generación similares, es decir, que son creaciones inmediatas y espontáneas. Por un lado, estas conclusiones provocan la negación de que haya una evolución de temas literarios populares o, incluso, una historia de motivos folclóricos; por otro, dan pie a interpretaciones básicas e ingenuas que no consideran el fenómeno literario en su justa medida.

La teoría de los actos comunicativos estudia el carácter oral de las narraciones de cuentos populares. Esta corriente, con la que cierra el repaso histórico de Aína, hace posible que el campo de estudio del género sea más abarcador. Jan Vansina presenta cuatro categorías del cuento popular en relación con su función discursiva, que puede ser histórica, didáctica, estética o personal. Walter Ong se interesa por el papel de la memoria en la cultura oral. El grupo de los *Jóvenes turcos* “parte de la necesidad de entender los textos del folclore en el contexto, puesto que le parece mucho más importante que saber de dónde venían, saber por qué y por quién seguían vigentes” (p. 268). Para finalizar, Aína revisa las teorías de Bengt Holbek, el autor más influyente de la última parte del siglo xx en el estudio de los cuentos de hadas. Su trabajo ha marcado, por simpatía o querella, las líneas de investigación más relevantes de los últimos años.

La cuestión es si *Teorías sobre el cuento folclórico* logra un repaso completo de las corrientes de pensamiento “más importantes” de los siglos xix y xx. Cabría preguntarse cuáles son los criterios para determinar la importancia del Romanticismo, el estructuralismo y los estudios antropológicos como medios para entender la teoría del cuento folclórico en el período anunciado. Es evidente que Aína da por definitivo el eje en torno al cual escribe y que su libro sigue esas tres líneas; sin embargo, el tratamiento provocaría mayor interés si se discutieran los supuestos de inicio.

NAYELI GARCÍA SÁNCHEZ
El Colegio de México